sen las primicias de la mies, de los frutos y de los ganados. Habia mandado Dios en la ley antigua, ademas de otras ofrendas, que se le ofreciese al niño nacido y con él un cordero, ó dos tórtolas, ó dos palomas. Por lo mismo, María Madre de Dios, ofreció en el templo al Sacerdote, á su hijo el Divino Redentor, apenas nacido, y los dones designados, aunque no hubiese estado sujeta á la ley. Los cielos condujeron por medio de una nueva estrella á los Magos para ofrecer á Jesus dones místicos. Los primeros cristianos corrieron á poner á los piés de los Apóstoles el precio de sus bienes. Los fieles continuaron, desde los primeros siglos, haciendo ofrendas á los sacerdotes al tiempo de la misa, prefiguradas, segun San Gregorio VII, en la ley de Moisés. Así, pues, no solamente se ofrecian en la misa el pan ó harina y el vino para el sacrificio, sino tambien otras muchas cosas de valor para el sustento de los ministros del santuario, Esto dió el nombre *Ofertorio* á la parte de la misa que sigue al Credo despues del Evangelio, usándose cantar algunos versículos, entre tanto el pueblo ofrecia dones al altar. Por antigua disciplina se ofrecian al Pontífice en la Canonizacion de los Santos, el pan, el vino, las tórtolas, las palomas y algunos pájaros, para simbolizar el sentido místico contenido en eso, y alegórico á las virtudes practicadas por los nuevos Santos. Muchos autores tratan espresamente de estas Oblaciones que se acostumbra hacer en la Canonizacion. Unos quieren que uno de los vasos presentados tenga el vino y el otro el agua, á los cuales han aplicado el mismo místico sentido; pero esto se opone al testo del ceremonial, el que previene espresamente que el Cardenal Diácono *ofrezca dos vasos de vino;* pero todos convienen en el significado místico mismo de todas las demas ofrendas. Esto prueba que la Iglesia ha querido siempre, que los fieles recuerden por estos dones materiales unos mismos sentidos místicos. Los espondremos aquí sin necesidad de buscarlos en la novedad.

Significacion de los cirios.

Es muy antiguo en la Iglesia, el uso de pintar y encender los cirios; en lo cual ha querido representar la humanidad de Jesucristo. Por esto en el tiempo pascual usa del cirio, que representa al mismo Redentor resucitado.

El mismo Salvador dijo á sus discípulos, y en ellos á todos los que hubieren seguido sus huellas, ser él la luz del mundo, la cual no puede ocultarse; así como se enciende el cirio ó candela, no para escenderla, sino para ponerla en el candelero, para que de luz á todos los que esten en la casa.

Se ofrecen, pues, los cirios, por mano del Pontífice, para manifestar que en este dia de contento y de alegria, Él ha colocado á los santos nuevos en el candelabro, á fin de iluminar con la brillantez de su ejemplo á todos los fieles que estén en la Iglesia.

Significacion de los Panes.

Esta oblacion se ha hecho en la Iglesia desde sus primeros siglos, presentando los cristianos la harina y el pan para el divino sacrificio y para sustento de los sacerdotes. Todos sabemos ser el pan el alimento principal de la vida del hombre, y tambien un insigne beneficio de Dios. Dios mandó, para que los hijos de Israel lo reconociesen así, que hubiese en la mesa doce panes, porque doce eran las tríbus, para que estas recordasen la conservacion de su vida en ellos.

Ofreciendo, pues, la Iglesia el pan, dijo san Irineo, dá gracias debidas al Señor. Esto se practica especialmente en la canonizacion, en accion de gracias á Dios, y se hace, para significar que por haberse alimentado los santos con el pan celestial, viven hoy felices é inmortales en el cielo, conforme á la promesa de Cristo, cuando dijo que quien comiese de este pan vivirá eternamente.

Significacion del Vino.

El vino se ofrecia en la ley antigua para rociar la víctima con tan generoso licor, conforme lo hubo mandado el mismo Dios á los Hebreos. El sacerdote Melquisedec ofreció pan y vino, prefigurando al Mesías que instituyó el Sacramento de su Cuerpo y de su Sangre en el pan y en el vino. La primera razon, pues, de ofrecer el vino en la misa solemne de la Canonizacion, es por ser necesario al sacrificio en memoria de la disciplina antigua, por la que los fieles ofrecian el vino al altar en el ofertorio.

Cristo enseñó á sus Discípulos, y en ello á todos los cristianos, ser

Él la vid verdadera y ellos los tallos; que así como el tallo no puede dar fruto si no está unido á la vid, así ellos si no estan unidos á Él; que quien viviere unido á Él dará gran fruto; y al contrario, que quien viviere separado, se secará, y será arrojado al fuego, como los sarmientos cuando han sido separados de la vid. El fruto que espera de su viña no es la vid silvestre, como dice Isaías, sí la uva, ó sea la contemplacion que dá gozo al espíritu, simbolizado en el vino, del cual es propio alegrar. Los beatos canonizados, unidos en la tierra con la verdadera viña Cristo, han dádole aquel gran fruto que el deseaba de sus tallos, esto es, el vino de la verdadera devocion, de la caridad y de la compuncion; por esto merecieron entrar con la Esposa de los Cánticos Sagrados en la mística bodega de los vinos, y de embriagarse con la abundancia de la casa de Dios, la celeste Jerusalen.

Significacion de las Palomas, de las Tórtolas y de los demás pájaros.

El Apóstol enseña, ser la caridad la mayor de las virtudes teologales. Y así como la paloma y la tórtola manifiestan la fé y la esperanza de los santos, así los demás pájaros representan la caridad y amor ardiente de ellos á Dios. Porque así como es propio de los pájaros elevarse del suelo á lo mas alto del cielo, así los santos, alejados de las cosas terrenas, vuelan con el corazon y con el alma hácia Dios. Por esto, el V. Beda dice con razon, que los santos son pájaros, que volaron con el corazon hasta las cosas celestiales. Ellos vivian con el cuerpo en la tierra, pero mediante la union mística con Dios, vivian y conversaban en el cielo, por lo cual fueron muchas veces arrebatados de los sentidos y elevados en el aire, causado esto por la llama de amor divino que ardia en su corazon.

Aparato en la Basílica.

Las canonizaciones comenzaron á celebrarse con singular magnificencia desde el año de 1228, cuando el inmortal Gregorio IX canonizó en Asís al Seráfico San Francisco, fundador de su Órden, á los tres años despues de muerto, con poca y magnificencia mayor que al presente, en memoria del gran afecto que tuvo á ese gran siervo de Dios. Siguieron despues otras canonizaciones mas espléndidas, celebradas por Clemente

VI, Nicolás V, Sixto IV, Inocencio VIII, Leon X, Sixto V y otros Pontífices, hasta la última de 1839 celebrada por el Papa Gregorio XVI, de santa memoria.

Se acostumbra adornar sumamente y en rango de festividad el Vaticano, en el cual, como se ha dicho, se celebran solemnemente las canonizaciones, á fin de que todo corresponda á la solemnidad del Rito. Los Pontífices han acostumbrado, para lograrlo, confiar los trabajos al mas digno y al mas famoso arquitecto de la época. Pio IX se valió en esta ocasion, de la notoria pericia del célebre comendador Luis Poletti, hombre de creador ingenio, de gusto esquisito, de correcto y puro estilo. Concluyó en breve tiempo, y menos que otro emplearia en hacer el diseño, esta obra admirable y sorprendente, reuniendo la belleza y la elegancia, á la riqueza y á la novedad.

Hasta hoy se habia acostumbrado rodear la arquería mayor y menor con grandes banderas, en que habia muchísimas pinturas. Nuestro arquitecto ha colocado con mas gentileza y con mas ingenio, bajo estos arcos, dos columnas que sostienen una trabazon, enfilando su cornisa con la de los mismos arcos, con lo cual formó un vacio á modo de luneta, en la cual colocó un cuadro muy visible y muy agradable en este nuevo órden arquitectónico introducido en el templo, por la exactitud de las proporciones y por la elegancia de las formas. Seria muy dilatado describirlo minuciosamente; baste decir que cada luneta está adornada de terciopelo carmesí, el cual, á modo de gran cortina desciende de lo alto, y se abre en medio del intercolumnio que con la profusion de la cera y su buena distribucion produce efecto agradable á la vista por estar colocado en cinco hileras, comenzando por candelabros puestos frente á los interpilastros del gran órden del templo, y pasando por medio de dos hileras de lámparas y brazos hasta dos grupos, el uno en el arquitrabe y el otro en la gran trabazon que rodea á la Basílica. No pudiendo notarse otra particularidad, veamos las pinturas:

En la fachada del templo, está un gran estandardarte sujeto en el antepecho de la gran galería, en el cual el valiente jóven señor Marini pintó á los veintisiete Bienaventurados que habrian de adscribirse en el catálogo de los santos segun el oráculo infalible del Vicario de Cristo en la tierra. Entrando al pórtico, estan al frente tres pinturas y dos

inscripciones colocadas sobre la puerta central, y son obra del Sr. Gregori, alusivas al heróico martirio de los veintitres franciscanos. Asi mismo se ven, pintados magistralmente por el Sr. Fracassini, los tres mártires jesuitas, atados en la cruz: al Obispo del Japon D. Pedro Martinez y el venerable padre Pasio arrodillados delante adorándolos, y mas distantes, á D. Juan Rey de Arima, con flores de la corte, y á D. Sancho con su mujer.

Al otro lado, una pintura de la señora Amalia de los Ángeles manifiesta el admirable cambio verificado por la bondad divina del Redentor, de su corazon, por intercesion de San Miguel de los Santos, del Órden de Trinitarios descalzos.

Sobre la cuarta puerta, á la derecha, se lee esta inscripcion: "Venid, ciudadanos y estranjeros· mientras la fuerza impía nos aterra, mientras la maldad se eleva y la verdad se aparta del fraude que la sorprende, brilla vencedora la celeste tropa cuya fé y virtudes nos estimula á seguir; aplaudamos sus triunfos·"

Sobre la quinta puerta, á la izquierda, se lee: "Ciudadadanos y estranjeros: apresuraos mientras los deseos inmoderados ofenden, mientras las costumbres precipitan al vicio; ved aquí el nuevo ejemplo y refugio que se nos dá para despreciar las cosas fugaces, y á vivir castamente."

En la parte interior de la puerta del medio, se lee en el adorno y arquitrabe de la trabazon sostenidas por dos columnas: " A tí, Pedro, y á vos, varones celestiales, os adoran los fieles, suplicando que desapareciendo el huracán tremendo de la fuerza, vengan dias alegres para los oprimidos." Sobre esta trabazon esta á un lado el ángel de la religion, y en el otro el del martirio. En el centro y en alto lugar, se destaca el escudo de armas del Sumo Pontífice, sostenido en un pabellon.

Al manifestar las otras pinturas, traducirémos los epígrafes colocados al calce, ampliándolos, no para mayor inteligencia del lector, sino para notar alguna particularidad importante. Comencemos por la primera luneta, en la que el Sr. Martinori pintó el conmovente suceso de los niños franciscanos, Antonio y Luis, á los que, traidos al martirio, siendo poco mas de doce años de edad, excitaban inútilmente sus padres y el gefe de la tropa para que no se entregasen á los tormentos, en respuesta de

lo que, los niños corrieron muy alegres al cadalso, y consiguieron la corona del martirio.

En la segunda luneta, está representado San Miguel de los Santos, trinitario, ya muerto, y elevado en figura de un serafin, apareciéndose en la ciudad de Baeza á una penitente llamada Juana de Jesus, y sanándola de una enfermedad. Bella composicion y pintura, por la que el autor el Sr. Grandi mereció las alabanzas de los inteligentes.

En la tercera luneta, el Sr. Gavardini retrató á San Juan de Goto jesuita, al cual, encaminándose al suplicio, encuentra á su anciano padre que le estimula con placer y con valor á ir al cadalso, en el que alcanzó la palma del martirio.

En la cuarta, el Señor Martinori delineó el rapto del trinitario San Miguel de los Santos, al celebrar la misa, el cual ya rezando el Oficio Divino, ó hablando de cosas divinas, era arrebatado fuera de los sentidos, rodeado de luz celestial, conmoviendo á los asistentes, y atrallendolos de la mala vida á la buena, y encendiéndolos en amor al augusto Sacramento.

Se encuentra en el primer medallon, suspendido en la galería de las reliquias, pintado muy hábilmente, con hermosas tintas y hermosa disposicion y efecto, por el señor Fracassini, el prodigio de la llama celestial, que á modo de columna venida del cielo, iluminaba frecuentemente á los cuerpos de los tres jesuitas, á la vista de toda la ciudad de Nagasachi: entre los espectadores y á su izquierda, se hallan los padres Pasio y Rodriguez.

En la quinta luneta, el señor Manno representa á los tres mártires jesuitas que encontraron en la cárcel de Meaco á los franciscanos, á los cuales abrazan de uno en uno, alegrándose de tenerlos por compañeros en la gloriosa lucha.

Muy arriba sobre el altar, se ve el segundo medallon, obra del Bruno, representando la curacion de un religioso de los Trinitarios, que declara haber hecho San Miguel de los Santos, el cual está en lo alto.

En la sexta luneta, pintada por Grandi, con su natural valentía, se ve el milagro de un enfermo que sanó bebiendo el agua en que la cuerda de San Pedro Bautista habia sido introducida.

En la segunda arquería de las reliquias, se ve suspendido el tercer

medallon, obra bien y valientemente hecha por el Sr. Ruspi. Representa los tres mártires jesuitas en la cruz, y á una bandada de aves de rapiña que dejando su natural instinto, no se atreven á tocar esos despojos victoriosos.

En el presbiterio hay dos lunetas y varios estandartes. La sétima luneta, dispuesta por el Sr. Sozzi, representa á varios cristianos que piden á San Juan Chisai un fragmento de su vestido, como reliquia, lo que resiste el Santo.

La octava luneta, frente á la anterior, arreglada por el Sr. Juan Jacobo, representa el milagro de San Francisco de la Parrilla, que cura á un indio próximo á morir por la mordida de una serpiente.

Cuatro estandartes están colocados al lado de los arcos que forman esas lunetas. Uno, obra de Chiari, dedicado á los mártires franciscanos, los cuales están junto al trono del Eterno, sobre nubes, con palmas de mártires en las manos, y arriba de unos ángeles que llevan la señal del martirio. El segundo, pintado por el Turrio: están los tres mártires jesuitas que vuelan á los brazos del Divino Redentor, á quienes se dirije de lo alto un ángel trayéndoles la palma de mártires. El tercero, obra del Chiari, para los Trinitarios y á gloria de San Miguel de los Santos, sostenido por las arcas de dos ángeles. El cuarto, que forma la simetría, en el cual el Sr. Ventura representó á la Religion llevada en triunfo por los ángeles.

La luneta, sobre la silla del trono, presenta al Salvador entre San Pedro y San Pablo: es obra del Sr. Francisco Coghetti, que inventó y delineó muy magistralmente la gloria de los veintisiete mártires, la cual se ve en lo alto rodeada de una ráfaga.

Las cuatro estátuas que se levantan en la misma línea con las columnas sobre la trabazon, representan la Prudencia, la Esperanza, la Pureza y la Penitencia, escogidas entre las virtudes, y dispuestas por el ilustre y sábio director arquitecto.

Saliendo del presbiterio por el lado opuesto, se descubre, en la tercera galería de las reliquias, el cuarto medallon, dedicado por el Sr. Chiari á los padres franciscanos. Debajo se lee, que una japonesa moribunda sanó inmediatamente, aplicándosele una astilla de la cruz de San Pedro Bautista, que bautizó á la misma enferma desde la cruz.

Siguiendo al otro lado de la nave trasversal, se ve la nona luneta, pintada por el Sr. Gavardini, cuya inscripcion dice, que San Francisco de la Parrilla curó instantáneamente con la señal de la Cruz, á una mujer india, y la unió á Cristo con el Santo Bautismo.

Sobre el altar está el quinto medallon, pintado por el Sr. Bruno, para los Trinitarios. Se lee en él, que una mujer fué curada de un tumor gangrenoso en la boca, rezando una novena á devocion de San Miguel de los Santos.

La décima luneta, obra del Sr. Diez, manifiesta, como dice el epígrafe, á San Pablo Michi, jesuita, instruyendo á seis infieles en la misma cárcel, en la fé de Jesucristo, y limpiándolos de sus culpas con las santas aguas del Bautismo.

En la cuarta arquería, que está en el centro de la gran nave, está suspendido el sesto y el último medallon, pintado por el Sr. Chiari, representando á la hija de Cosimo Yoya japonés curada de elefancia mortal, por intercesion de San Pedro Bautista, bajando del cielo entre tanto un fuego que descansó sobre los presentes.

La undécima luneta, obra del Sr. Canetto, presenta al Trinatario San Miguel de los Santos, sanando en la portería del convento, con sola la simple imposicion de las manos y algunas oraciones, á los muchos enfermos que esperaban en la puerta.

La duodécima luneta, pintura del Sr. Sozzi, manifiesta á San Pedro Bautista que calma repentinamente al mar alborotado, con la señal de la cruz.

La décimatercia luneta, agradable trabajo del hijo del ilustre profesor Coghetto, representa á Isabel Rodriguez que sanó con el contacto de una reliquia de San Miguel de los Santos Trinitario, de un cirro formado en la mamila.

La última luneta, pintada por el Sr. Diez, representa á San Pablo Michi, colocado sobre un carro, por vituperio, predicando la religion cristiana á la multitud reunida en la plaza de Meaco.